

CUENTOS Selectos

Para pensar y reflexionar



Paulinas

es que en un jardín tanto nos admiran las rosas como las violetas. En su callado servicio se parece a los responsables de repositorios culturales o los curadores de artes plásticas.

Los autores, desde el más allá seguramente le estarán agradecidos a Domingo porque esos momentos de inspiración puedan seguir trascendiendo en nuevos lectores. Nadie cierra las páginas de un libro sin haber cambiado algo en su interior.

No es ocioso recordar que la lectura estimula en el hombre muchísimas cualidades y capacidades... Enriquece la mirada, despierta la imaginación, propone valores, desarrolla la creatividad.

Estos textos, descontado su acercamiento al lector común, pueden servir a docentes, catequistas, productores radiofónicos. Con gran alegría se comprueba que la lectura de cuentos breves forma parte de la programación de muchas radios, sobre todo en los horarios nocturnos.

Este esfuerzo editorial de Paulinas contribuye acabadamente a que el patrimonio cultural de la humanidad siga siendo apreciado gracias a su divulgación.

María Cecilia Jaurieta OFS

Los bienes culturales que nos han transmitido las generaciones que nos precedieron han sufrido distintas valoraciones por los hombres y mujeres de distintas épocas. Hay algunos que llevan la precedencia dejando atrás otros no menos enriquecedores. Las obras del pasado desde las arquitectónicas –comprendiendo los cementerios, las musicales, las artes plásticas incluso las gastronómicas– son objeto de estudio y preservación. Muchos recursos se invierten para poder seguir admirando y disfrutando de semejantes hechos culturales.

¿Pasa lo mismo con la literatura? En parte sí. Todos los que auguraban el fin del libro en formato papel se han encontrado con que el amor por las letras se manifiesta en formatos híbridos que siguen conectando a los lectores con sus autores tanto en forma virtual como en su versión en papel.

Por eso no resulta audaz proponer una antología de relatos. El protagonista atrevido y merecedor de nuestra admiración es Domingo Chiocchia quien, con pasión y paciencia medieval, ha traducido del italiano y recopilado centenares de cuentos y relatos. Sus autores y los protagonistas de las anécdotas narradas juegan en las "ligas mayores" de la literatura. Sin embargo el traductor nos presenta sus "obras menores" –por eso desconocidas pero no menos enriquecedoras que las otras. Y

5

❧ LA PIPA Y EL PEINE (Rabindranath Tagore)

Se trataba de un matrimonio pobre. Ella hilaba, cerca de la puerta de su ranchito, mientras pensaba en su marido. Todos los que pasaban quedaban maravillados por la belleza de sus cabellos negros, largos, luminosos.

Su marido todos los días iba al mercado para vender un poco de fruta, sentado a la sombra de un árbol esperando a sus clientes. Estrechaba entre los dientes una pipa vacía: no tenía el dinero necesario para comprar una pizca de tabaco. Se acercaba el día del aniversario del matrimonio y ella no cesaba de preguntarse qué cosa habría podido regalar al marido.

¿Pero, y el dinero? Le vino una idea que le provocó un escalofrío; sin embargo, una vez que decidió firmemente llevarla a cabo, se llenó de alegría: Habría vendido sus cabellos para comprar el tabaco para su marido. Ya se imaginaba a su hombre en la plaza, sentado delante de la fruta, dar largas bocanadas de su pipa: aromas de incienso le habrían dado la solemnidad y el prestigio de un verdadero comerciante. Con la venta de sus cabellos obtuvo sólo pocas monedas; sin embargo, eligió con cuidado el tabaco más preciado.

A la noche volvió el marido. Llegó cantando: traía en sus manos un pequeño paquete que contenía algunos peines: los había adquirido con la venta de su pipa.

Había divisado detrás de unas cercas una espalda curva de hombre, cubierta por una capa gris, y un gran sombrero a forma de petaso de Mercurio, apoyado de manera que parecía como si no hubiese una cabeza entre sombrero y capa.

¡Qué es esto! dije para mí, y me acerqué. Entonces el sombrero se dió vuelta e hizo mover por debajo una gran barba gris: sí, había una cabeza o por lo menos se veían dos ojitos y una gran boca abierta para sonreír y que dijo enseguida palabras que no comprendí, pero que eran muy claramente ilustradas por gestos, que decían: "¿Usted quiere saber qué es lo que estoy haciendo aquí? Estoy cenando, señor. Lo que tengo aquí en la palma de mi mano izquierda es para acompañar al pan y es pura sal; lo que tengo en la mano derecha es el pan que está formado de puro trigo; lo que corre abajo, en la acequia, es la bebida, pura agua. A tal abundancia y pureza yo no me puedo acercar sin darle gracias al Señor, como usted está viendo". Y sacándose el sombrero descubrió un pequeño cráneo calvo y, apoyado el pan en el suelo, extrajo del pecho un muy pesado crucifijo de cobre, que colgaba de una gruesa cadena: lo miró fijamente, así como los pintores representan a los santos, lo besó y luego lo volvió a guardar en el tabernáculo de su pecho: "¿Ahora he satisfecho vuestra curiosidad? ¿Tiene algo para reprocharme? ¿No? Entonces sigo con mi cena".

Ante esto yo me senté a su lado con expresión humilde y nueva de hermandad en el corazón. Aquella son-

risa, si no hubiera sido un poco extraviada, era digna de un verdadero filósofo.

Este mendigo era una especie de místico. Venía de España, había estado en Roma, luego en Bari, después en Asís y Loreto, ahora se dirigía a Venecia.

- ¿Y cómo haces para conocer el camino?

- Preguntando.

Este viejo verbo latino que florecía con voz viva en los labios de aquel mendigo que venía de España, me hizo un efecto extraño. ¡Qué viaje había hecho también aquel verbo! y luego sonriendo me mostró también su guía. Era una de aquellas guías de Italia con los horarios de los ferrocarriles. Con el dedo índice recorrió todo su itinerario.

- ¿Tienes esposa (mujer)? —pregunté.

- Muerta, señor.

- ¿Tienes hijos?

- Muertos, señor.

- ¿Dónde vas a dormir esta noche?

- Aquí Señor.

Y me indicó con naturalidad el vecino campo de maíz. Tuve envidia de su seguridad y de su libertad.

(Este vagabundo no me pidió limosna; pero besó la moneda que yo le di).

Índice

Presentación	5
Las ostras de san Damián	7
La promesa	19
El resumen de la historia	25
Pierrot	27
El rico y el pobre	29
El señor Veneranda	35
El incendio de los arrozales	37
La niña y la luna	40
Una mujer demasiado gentil	42
El pequeño vendedor de reyes	45
El sueño de Selenia	55
Un espectáculo de luciérnagas	64
Gracias, Pasteur	67
Galileo perdido en las colinas de Arcetri	69
Dante en el almuerzo	77
El huevo de Colón	79
Una anécdota de Leonardo Da Vinci	81
Cómo recité la primera vez	83
La bondad de Miguel Ángel	85
El mendigo	89
Los dos	91
El tesoro de los pobres	96

El cura de Cucuñán	100
Una visita de Jesús	107
Blas el zapatero	115
Tristeza	120
Un recuerdo de mi padre	123
La pipa y el peine	128
Las tres hachas	129
La adivina que no adivinó	132
La idea más simple	133
Las chinches	134
Entre el decir y el hacer...	136
El milagro de las nueces	137
Aprendamos a perdonar	139
Las más ricas están en el fondo	142
El sublime ofrecimiento	145
Mientras corta el pan	147
La conversión de Charles de Foucauld	149
El signo y el testamento de Bernardette	151